CINECLUB NUCLEO

www.cineclubnucleo.com

Con el apoyo del INCAA y la gerencia de Espacios INCAA

- Fundación sin fines de lucro
- Miembro de la Federación Argentina de Cine Clubes
- Miembro de la Federación Internacional de Cine Clubes
- Declarada de interés especial por la Legislatura de la Ciudad de Bs. Aires

200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Temporada Nº **57**
Exhibición Nº **7377**
Cine
Cine Cosmos – U.B.A.

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 4825 4102, o escribiendo a: **ccnucleo@hotmail.com**

Buenos Aires, miércoles 15 de diciembre de 2010

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 16 años**

LA VOZ DE LA LUNA

(*La voce della luna,* Italia / Francia - 1990)

Dirección: FEDERICO FELLINI. *Argumento:* sobre una novela de Ermanno Cavazzoni. *Guión*: Ermanno Cavazzoni, Federico Fellini, Tullio Pinelli. *Dirección de fotografía*: Tonino Delli Colli. *Música original*: Nicola Piovani. *Diseño del film*: Dante Ferretti. *Montaje*: Nino Baragli. *Diseño de sonido*: Danilo Moroni. *Decorados*: Francesca Lo Schiavo. *Vestuario*: Maurizio Millenotti. Dirección de arte: Maria-Teresa Barbasso, Nazzareno Piana, Massimo Razzi. *Elenco:* Roberto Benigni (Ivo Salvini), Paolo Villaggio (Gonnella), Nadia Ottaviani (Aldina), Marisa Tomasi (Marisa), Angelo Orlando (Nestore), Sim (flautista), Syusy Blady (Susy), Dario Ghirardi (periodista), Dominique Chevalier, Nigel Harris, Vito, Daniela Airoldi, Stefano Antonucci, Ferruccio Brembilla, Stefano Cedrati, Giampaolo Cocchi, Roberto Corbiletto, Giordano Falzoni, Mario Falcione, Francesco Gabriele, Fabio Gaetani, Ettore Geri, Franco Iavarone, Lorose Keller, Luciano Manzalini, Arrigo Mozzo, Pippo Negri, Angela Parmigiani, Carmine Ponticiello, Patrizio Roversi, Roberto Russoniello, Concetta Sferrazza, Giorgio Soffritti, Massimo Speroni, Silvana Strocchi, Eraldo Turra, Arturo Vacquer, Eric Averlant, Salvatore Billa, Luciana Castellucci. *Producción*: Ritza Brown, Dario Cecchi Gori, Vittorio Cecchi Gori, André Djaoui. *Producción ejecutiva*: Bruno Altissimi, Maurizio Pastrovich, Claudio Saraceni. *Productoras*: Cecchi Gori Group Tiger Cinematografica, Films A2, La Sept Cinéma, Cinémax, Radiotelevisione Italiana. *Duración*: 122’.

El Film

Federico Fellini, nacido en Rímini, consideraba que la relación entre cine y literatura, en el caso de que exista, ha de ser una relación libre y totalmente despojada de ataduras entre una obra y la otra. El hecho de adaptar de manera fiel un texto literario, suponía para el autor de **La Dolce Vita** borrar su esencia original, negársela. Establecida esta premisa, no es de extrañar el hecho de que tanto **Satyricon** (1969), como **Il Casanova** (1976), dos de las escasas obras que Fellini adaptó a partir de un texto literario, difiriesen en mucho de los originales, llegando a jactarse en numerosas ocasiones el mismo Fellini de haber "reinventado" el texto primigenio.
En el caso de **La voz de la luna**, el último film realizado por Fellini, se trató de nuevo de una adaptación bastante libre de la novela *Il poema dei Lunatici* (Ermanno Cavazzoni, 1987). El poema trataba sobre la locura, representada en la influencia lunática sobre dos personajes bastante curiosos: Ivo Salvini (Roberto Benigni), un hombre que acaba de salir de un hospital psiquiátrico sin estar curado, aunque inofensivo; y del prefecto Gonnella (Paolo Villaggio), un funcionario que también ha perdido la razón y que cree que todo lo que le rodea es falso. Ambos personajes se encuentran en un extraño pueblo, del que Fellini nunca dio el nombre en el que se inspiraba, aunque dijo que pretendía situarlo en la zona pantanosa del río Po. Ivo se va encontrando en su camino a otros seres marginales, como su amigo Nestore, a quien su nifómana mujer ha dejado por un carnicero del barrio, y que está obsesionado por los tejados, o su enamorada Aldina, una rubia de tez pálida a quien Ivo identifica por esto con la imagen misma de su amada luna.
Fellini adaptó a rasgos generales el texto de Cavazzoni, trabajando para ello con el mismo autor del poema en la escritura del guión. Pero el director se sirvió del texto para insertar de nuevo en la obra sus propios fantasmas, algunos de los temas que a lo largo de su carrera le habían obsesionado. El tema de la locura fascinaba a Fellini, de hecho uno de sus proyectos malogrados había de ser el que trataba sobre un hospital

psiquiátrico en la Toscana italiana, –por no hablar de la galería de extraños personajes y situaciones que pueblan gran parte de sus films–. La estructura narrativa de la película (el guión, según se cuenta, nunca llegó a materializarse realmente, tratándose más bien de un esqueleto argumental que el director iba alterando y modificando durante el mismo rodaje) no es en absoluto una estructura clásica, ni tan sólo una estructura narrativa coherente. Se trata más bien de una serie de episodios de corte surrealista vividos por ambos personajes y por la galería de secundarios que se cruzan en sus caminos. El poema de Cavazzoni estaba narrado en primera persona, hecho que dificultó sin duda la transposición al lenguaje cinematográfico por la imposibilidad de utilizar el recurso de una voz en off que hubiera destruido la credibilidad en la locura de Ivo Salvini.

No obstante, la película se convierte en una amalgama de situaciones difícilmente comprensibles, aunque algunas de ellas se identifiquen por su remisión a temas previamente tratados por el realizador italiano, como la crítica al medio televisivo, representada en este caso por una extraña reunión en la plaza del pueblo, en la que mediante un despliegue mediático de enormes pantallas se asiste a la retransmisión de la captura de la luna por parte de tres obreros, –sorprendente imagen la de una gran bola blanca luminosa rodeada de cuerdas y encerrada en una gran nave–, o la repulsa del director hacia la nueva cultura juvenil, escenificada en la intrusión de los dos personajes en una especie de discoteca en la que multitud de jóvenes bailan al son de la música de Michael Jackson. Durante esta escena, un enojadísimo Gonella sube a la cabina del disc-jockey para acusar a gritos a los jóvenes de asesinos de la música, culpables sin saberlo de no haber escuchado en su vida el sonido de un violín. Acto seguido, Gonella se encuentra con su mujer y bailan un vals ante el corrillo de jóvenes que les rodean, quienes se abalanzan en un mar de aplausos hacia la madura pareja para acabar bailando de nuevo la misma música de antes. Metáfora bastante obvia y simplista ésta de la suplantación de la vieja cultura por otra totalmente nueva, a la que Fellini nunca entendió y a la que llegó a calificar durante la promoción del film como «una de las formas más repugnantes de nuestra época».

El film de Fellini fue presentado en Cannes en 1990, y entonces ya fue muy duramente tratado por la crítica francesa, la cual lamentó la repetición del director en los mismos temas de siempre, y la adscripción a un pasado del que parecía no querer salir. La carrera del realizador se había acabado, y ni siquiera el Óscar honorifico que le entregó el mismo Mastroianni en 1993 consiguió que ningún productor se volviese a interesar por el realizador de Rímini. Su gloria se había eclipsado, aunque Fellini conservara de pleno su dignidad y el sentimiento de haber realizado un buen trabajo: «Me siento como si los años hubieran pasado súbitamente, como si me hubieran traicionado. No estoy muy seguro de lo que hacía cuando tenía cincuenta y un años, treinta y ocho o sesenta y tres, ni de cuántos años han pasado en realidad. Me siento bastante perplejo, atónito, y me veo obligado a admitir, con admiración, si no asombro, que cincuenta años de trabajo han transcurrido en el interior de un estudio cinematográfico, acercando un poco más a una persona, pidiendo luces, poniendo las frases correctas en boca de otros. Me siento como si sólo hubiera vivido un único y largo año», como dice en una entrevista realizada por Ennio Cavalli.

Fellini se había quedado obsoleto, y el mundo lo había dejado atrás en su avance imparable hacia la cultura moderna. La televisión, la sociedad de la información y del espectáculo, habían llenado de un ruido furioso la vida, impidiendo la comprensión sobre nuestro entorno. Ante esta aparente atmósfera de incomunicación y ambiente ensordecedor, Fellini propone un momento de silencio, única solución posible para entender este incomprensible universo, pero el mundo ya le ha vuelto la espalda, ya ni siquiera le oye, y hasta la misma luna detiene su charla para pasar a publicidad...

(Susanna Farré, extraído de www.miradas.net)

De familia burguesa y desde siempre hábil para el dibujo, Fellini ya está en Roma en 1938, colaborando con varias revistas satíricas como la célebre *Marc'Aurelio*. En 1941 comienza una intensa actividad de guionista: su nombre aparece en los títulos de películas de gran relieve, como **Roma ciudad abierta** (*Roma città aperta*, 1945), **Paisa** (*Paisà*, 1946), **Sin piedad** (*Senza pietà*, 1948) y **Europa 1951** (*Europa 51*, 1952). Debuta como director junto a Alberto Lattuada con **Luci del varietà** (1951), un melancólico retrato del mundo del teatro itinerante. Su próxima obra es **El Jeque blanco** (*Lo sceicco bianco*, 1952), escrita con Ennio Flaiano y Tullio Pinelli, en la cual se aparta de la tradición neorrealista delineando personajes que oscilan entre lo fantástico y lo irónico. Al año siguiente, **Los inútiles** (*I Vitelloni*, 1953) le vale un León de Plata en Venecia además de un gran éxito de público y de crítica. Es un filme de matriz autobiográfica, en el cual Fellini vuelve a su provincia natal con una sensación híbrida de nostalgia y repulsión. Los años siguientes están constelados de triunfos: la límpida poesía de **La strada** (1954) lleva a sus manos un merecido Óscar, y otro más le procura con su intensidad **Las noches de Cabiria** (*Le notti di Cabiria*, 1957), ambas engalanadas por las magníficas interpretaciones de su mujer, Giulietta Masina. Tras el paréntesis de **Almas sin conciencia** (*Il bidone*, 1955), llega **La dolce vita** (1960), que retrata con despiadada precisión los años del auge económico y del dominio democristiano. Entra así en escena Marcello Mastroianni, quien de ahí en adelante se convertirá en el actor favorito del cineasta-demiurgo. Le sigue el lacerante segmento **Le tentazioni del dottor Antonio** (1961) y, poco después, la maravillosa **Fellini ocho y**

medio (*8 e ½*, 1963), que hace ganar a Fellini su tercer Óscar y muchos consideran su mejor obra. Menos felices resultarán la exploración junguiana del alma femenina en **Giulietta de los espíritus** (*Giulietta degli spiriti*, 1965) y el accidentado recorrido por la antigüedad con **Satiricón** (1969). Mucho mejor será el cortante y alucinante episodio **Toby Dammit** (1967) y excelentes las partes centradas en el pasado de la desigual **Roma** (1972). El retorno al pueblo de su infancia con **Amarcord** (1973) tiene un efecto renovador para Fellini, quien de nuevo se encuentra en sus niveles más altos. Y no cabe otra cosa que inclinarse ante esa lección que es **Casanova** (1976), un trabajo nocturno e hipocondríaco extraordinariamente logrado. El apólogo amenazante de **Ensayo de orquesta** (*Prova d'orchestra*, 1979), el viaje innecesario por el inconsciente en **La ciudad de las mujeres** (*La città delle donne,* 1980) y la pretenciosa parábola de **Y la nave va** (*E la nave va*, 1983) hablan de una evidente crisis de inspiración, de la cual Fellini buscará refugio en la blanda invectiva anticonsumista de **Ginger y Fred** (*Ginger e Fred*, 1985) y en los apuntes divertidos y melancólicos de **La entrevista** (1987). Para llegar, en la testamentaria **La voz de la luna** (1990), a una lúcida reflexión sobre los horrores del presente vistos con los ojos de dos marginados; una fábula impecable que termina con una suave invitación al silencio para comprender más y mejor.

(Extraído de www.international.rai.it)